

Capítulo 8: Creciendo Hacia Cristo

Nuestros caracteres cambian cuando llegamos a ser hijos de Dios. La Biblia habla de este cambio como un nacimiento. También dice que es como el crecimiento de una buena semilla plantada por un agricultor. Se dice que aquellos que acaban de aprender a amar a Cristo son «como niños recién nacidos» (1 Pedro 2:2). Crecerán hasta ser hombres y mujeres en Cristo Jesús. Como la buena semilla plantada en el campo, deben crecer y dar fruto.

Isaías dice que los hijos de Dios «serán como árboles que el Señor mismo ha plantado. Todos harán lo correcto, y Dios será alabado por lo que ha hecho» (Isaías 61:3). Dios nos trae muchas lecciones de la vida natural para ayudarnos a entender las verdades espirituales.

No importa cuán sabios sean los seres humanos, no pueden dar vida ni siquiera a la planta o animal más pequeño. Solo Dios puede dar vida. De la misma manera, solo Dios puede dar vida espiritual a las personas. Una persona debe «nacer de nuevo» (Juan 3:3). No podemos recibir la vida que Cristo da hasta que nacemos de nuevo.

Dios da vida, y luego hace que las cosas crezcan. Él hace que las flores florezcan y que el fruto crezca de las flores. Por Su poder, las semillas se forman en el fruto: «primero aparece el tallo tierno, luego la espiga, y finalmente la espiga llena de grano» (Marcos 4:28).

El profeta Oseas dijo de Israel: «Florecerán como flores... Cultivarán grano y serán fructíferos como una viña» (Oseas 14:5-7). Jesús nos dice que «miréis cómo crecen las flores silvestres» (Lucas 12:27). Las plantas crecen solo al recibir lo que Dios les da. No se cuidan a sí mismas ni se preocupan ni trabajan. Un niño no puede hacerse más alto por su propio poder o por preocuparse. Tampoco podemos crecer en nuestra vida espiritual por preocuparnos o trabajar con nuestras propias fuerzas.

La planta y el niño crecen al recibir lo que necesitan: aire, sol y alimento. Así como estos dones de la naturaleza satisfacen las necesidades de las plantas y los

animales, así también Cristo satisface las necesidades de aquellos que confían en Él.

Cristo es comparado con muchas de las bendiciones de la naturaleza. Él es la «luz eterna» (Isaías 60:19). Él es «sol y escudo» (Salmo 84:11, KJV). Él es como «lluvia en tierra seca» (Oseas 14:5), como lluvia sobre los campos (Salmo 72:6). Él es el agua viva y «el pan de Dios... que descende del cielo, y da vida al mundo» (Juan 6:33, RSV).

Dios dio un regalo maravilloso al mundo: Su Hijo. Este regalo sin igual ha circundado el mundo con gracia, como el aire, que está en todas partes. Es tan real como el aire que respiramos. Si elegimos recibir esta gracia vivificante de Cristo, viviremos y creceremos hasta llegar a ser hombres y mujeres en Cristo Jesús.

La flor se vuelve hacia el sol para recibir sus brillantes rayos. La luz ayuda a la flor a llegar a ser hermosa y perfecta. Así también debemos volvernos a Cristo, el Sol de Justicia. La luz del cielo brillará entonces sobre nosotros, y nuestros caracteres crecerán a Su semejanza.

Jesús nos enseña esta lección cuando dice: «Permaneced unidos a mí, y yo permaneceré unido a vosotros. Una rama no puede dar fruto por sí misma; solo puede hacerlo si permanece en la vid... Sin mí nada podéis hacer» (Juan 15:4, 5). Debemos depender de Cristo para vivir una vida santa, así como las ramas dependen de la vid para crecer. Apartados de Él no tenemos vida. Lejos de Él no tendremos poder para luchar contra el pecado ni para crecer en gracia y santidad. Pero cuando vivimos en Él, crecemos y damos fruto. Seremos como un árbol plantado junto a un río.

Muchas personas piensan que deben hacer alguna parte de la obra solas. Confían en Cristo para el perdón de sus pecados, y luego tratan de vivir una buena vida con sus propias fuerzas. Pero seguramente fracasarán. Jesús dice: «Sin mí nada podéis hacer».

Nuestro crecimiento en la gracia, nuestro gozo, nuestra utilidad: todo depende de nuestra unión con Cristo. Crecemos en gracia al pasar tiempo con Él, día tras día, hora tras hora. Él no solo crea nuestra fe, sino que la perfecciona.

Cristo debe ser primero, último, y siempre. Él debe estar con nosotros no solo al principio y al final de nuestras vidas, sino en cada paso del camino. David dijo: «Siempre tengo presente la presencia del Señor; Él está cerca, y nada puede sacudirme» (Salmo 16:8).

¿Preguntas: «¿Cómo he de vivir en Cristo?» Vive en Él de la misma manera en que Lo recibiste por primera vez. «Ya que habéis aceptado a Cristo Jesús como Señor, vivid en unión con él» (Colosenses 2:6). «Mis justos... creerán y vivirán» (Hebreos 10:38). Te entregaste a Dios para pertenecer plenamente a Él, para servirle y obedecerle. Aceptaste a Cristo como tu Salvador. No podías por ti mismo quitar tus pecados ni cambiar tu corazón. Pero habiéndote entregado a Dios, creíste que, por causa de Cristo, Él hizo todo esto por ti.

Llegaste a ser de Cristo por la fe, y has de crecer en Él por la fe. La fe requiere dar y tomar. Da todo a Él: tu corazón, tu mente, tu trabajo. Entrégate a Él para obedecer todo lo que te pide que hagas. Y debes tomar todo. Toma a Cristo, el Bendito, para que viva en tu corazón. Tómallo para que sea tu Fuerza, tu Justicia y tu Ayudador para siempre. Él te dará poder para obedecer.

Entrégate plenamente a Dios cada mañana. Haz de esto tu primera obra. Que esta sea tu oración: «Tómame, oh Señor, como enteramente Tuyo. Pongo todos mis planes a Tus pies. Úsame hoy en Tu servicio. Vive conmigo, y deja que toda mi obra se haga para honrarte».

Cada mañana entrégate a Dios para ese día. Pon todos tus planes delante de Él, y luego lleva a cabo esos planes o abandónalos según Él te guíe. De esta manera puedes entregar tu vida día a día en las manos de Dios. Tu vida será hecha cada vez más semejante a la vida de Cristo.

Una vida en Cristo es una vida de descanso. Puede que no haya sentimientos de gran emoción, pero debe haber una confianza constante y pacífica. Tu esperanza no está en ti mismo. Está en Cristo. Tu debilidad está unida a Su

fortaleza. Tu falta de entendimiento está unida a Su sabiduría. Así que no debes mirarte a ti mismo ni pensar en tus propios sentimientos. Mira a Cristo. Piensa en Su amor y en la belleza de Su carácter perfecto.

Piensa en Cristo y en cómo Se humilló a Sí mismo y vivió para los demás. Piensa en Su pureza, en Su santidad y en Su maravilloso amor. Cuando Lo amas, dependes de Él y copias Sus caminos, serás transformado para ser como Él.

Jesús dice: «Permaneced unidos a mí» (Juan 15:4). Estas palabras transmiten el sentimiento de descanso, confianza y apoyo en Él. Otra vez nos invita: «Venid a mí... y yo os daré descanso» (Mateo 11:28). David tuvo el mismo pensamiento: «Ten paciencia y espera a que el Señor actúe» (Salmo 37:7). E Isaías nos da la invitación de Dios: «Volved y confiad tranquilamente en mí. Entonces seréis fuertes y seguros» (Isaías 30:15).

Cuando Dios habla de descanso, no quiere decir cesar toda obra. La promesa de descanso del Salvador está unida a un llamado a trabajar. «Tomad mi yugo y ponédmelo; ... y hallaréis descanso» (Mateo 11:29). La persona que descansa más plenamente en Cristo estará ocupada trabajando arduamente para Él.

Cuando pensamos en nosotros mismos, nos estamos apartando de Cristo, quien nos da fuerza y vida. Satanás sabe esto, y siempre está tratando de mantener nuestras mentes apartadas del Salvador. Quiere impedirnos vivir y trabajar con Cristo.

Satanás usa los placeres del mundo para tratar de apartar nuestras mentes de Dios. Usa las preocupaciones y las tristezas de la vida. Usa los defectos de otras personas y nuestros propios defectos y debilidades para apartar nuestros pensamientos de Dios. No debemos permitir que Satanás nos engañe con sus planes.

Muchos que realmente quieren vivir para Dios pasan demasiado tiempo pensando en sus defectos. De esta manera, Satanás trata de separarlos de Cristo y espera obtener la victoria. No debemos hacer de nosotros mismos el centro de nuestros pensamientos, ni preocuparnos por si seremos salvos. Pensar en uno mismo aparta nuestras mentes de Dios, quien nos da fuerza. Debemos

entregarnos a Dios y confiar en Él. Debemos hablar y pensar en Jesús, y olvidarnos de nosotros mismos.

Debemos desechar nuestros temores y creer en Dios. Entonces podremos decir con el apóstol Pablo: «Ya no soy yo quien vive, sino que es Cristo quien vive en mí. Esta vida que ahora vivo, la vivo por la fe en el Hijo de Dios, quien me amó y dio su vida por mí» (Gálatas 2:20).

Dios nos pide que descansen en Él. Él es capaz de guardar lo que le hemos confiado. Si nos dejamos en sus manos, Él nos dará poder por medio de Jesús para asegurar que ganemos la batalla contra Satanás.

Cuando Cristo se hizo ser humano, unió a las personas del mundo consigo mismo mediante un vínculo de amor. Este vínculo nunca puede romperse excepto por nuestra propia elección. Satanás siempre está tratando de lograr queelijamos romper este vínculo con Cristo. Necesitamos velar y orar para que nada nos lleve a elegir a otro amo. Siempre somos libres de hacerlo.

Mantengamos nuestros ojos en Cristo, y Él nos sostendrá. Estamos a salvo cuando miramos a Jesús. Nada puede sacarnos de sus manos. Debemos mirarlo todo el tiempo, porque entonces «esa misma gloria, que viene del Señor, ... nos transforma a su semejanza» (2 Corintios 3:18).

Los primeros discípulos se hicieron cada vez más semejantes a Cristo cuando mantenían sus ojos en Él. Cuando escuchaban sus palabras, sentían que lo necesitaban. Lo buscaban, lo encontraban y lo seguían. Estaban con Él en la casa y se sentaban a la mesa con Él. Estaban con Él tanto dentro como fuera. Eran sus alumnos, escuchando cada día sus lecciones de santa verdad. Miraban a Él, como los siervos miran a su amo, para aprender su deber.

Los discípulos de Cristo eran *tan completamente humanos como nosotros* (Santiago 5:17, TLB). Lucharon las mismas batallas contra el pecado. Necesitaban la misma gracia para vivir vidas santas.

Juan, el discípulo muy amado, era el más semejante al Salvador. Pero no tenía naturalmente un carácter encantador. Era egoísta, atrevido y quería honor. A

veces actuaba demasiado rápido, con poca reflexión, y se enojaba cuando no lo trataban bien. Pero cuando el carácter del Divino le fue mostrado, vio sus propios defectos y se sintió muy humilde.

Juan vio la fortaleza y la bondad de Jesús. Vio su poder y su amor. Vio que aunque Jesús era un rey, era humilde. Juan se llenó de amor por el Salvador mientras lo observaba. Día tras día se volvía a Jesús hasta que perdió de vista su propio yo en el amor por su Maestro. Su egoísmo y mal genio cedieron al poder de Cristo, y el Espíritu Santo hizo su corazón como nuevo. El poder del amor de Cristo transformó el carácter de Juan.

Estamos seguros de ser transformados cuando nos unimos a Cristo. Cuando Cristo vive en nosotros, toda nuestra naturaleza es elevada. Su Espíritu, su amor, humilla nuestros corazones y dirige nuestros pensamientos y deseos hacia Dios y el cielo.

Incluso después de que Jesús regresó al cielo, sus seguidores todavía sentían su presencia con ellos. Sentían su amor y su luz. Jesús, el Salvador, había caminado, hablado y orado con ellos. Les había hablado palabras de esperanza y consuelo. Y mientras les daba su mensaje de paz, había sido elevado de ellos al cielo. Mientras la nube de ángeles lo recibía, los discípulos lo habían oído decir: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28:20, KJV).

Jesús había sido llevado al cielo en forma humana. Los discípulos sabían que su Amigo y Salvador estaba de pie ante Dios. Él todavía los amaba y era uno de ellos. Estaba mostrando a Dios sus manos y pies heridos. Estaba recordando a su Padre el precio que había pagado por aquellos que había redimido. Los discípulos sabían que Jesús había ido al cielo para preparar lugares para ellos. Sabían que volvería y los tomaría consigo.

Los discípulos se reunieron después de que Jesús había regresado al cielo. Estaban ansiosos por orar al Padre en el nombre de Jesús. Con fe y asombro se inclinaron en oración y repitieron la promesa de Jesús: «El Padre os dará todo lo

que le pidáis en mi nombre. Hasta ahora no habéis pedido nada en mi nombre; pedid y recibiréis, para que vuestra alegría sea completa» (Juan 16:23, 24).

Su fe se fortalecía cada vez más mientras oraban. Razonaron que «Cristo ... fue levantado de la muerte y está a la derecha de Dios, intercediendo por nosotros» (Romanos 8:34).

En el día de Pentecostés, el Consolador vino a ellos. Cristo había prometido que el Espíritu Santo estaría con ellos. Dijo: «Os conviene que yo me vaya, porque si no me voy, el Ayudador no vendrá a vosotros. Pero si me voy, os lo enviaré» (Juan 16:7).

Por medio del Espíritu, Cristo viviría siempre en los corazones de sus hijos. Estaría más cerca de ellos que cuando estaba en la tierra y podían verlo. Cristo viviendo en ellos brillaría desde ellos en luz, amor y poder. Las personas que veían a los discípulos «se maravillaban... . Se daban cuenta entonces de que habían sido compañeros de Jesús» (Hechos 4:13).

Todo lo que Cristo hizo por sus discípulos, quiere hacerlo por sus hijos hoy. En su última oración con sus discípulos reunidos a su alrededor, dijo: «No ruego solamente por ellos, sino también por los que han de creer en mí por su mensaje» (Juan 17:20).

Jesús oró por nosotros y pidió que pudiéramos estar unidos a Él, así como Él está unido a su Padre. ¡Cuán maravilloso es esto! El Salvador dijo de sí mismo: «El Hijo no puede hacer nada por su propia cuenta» (Juan 5:19). «El Padre, que permanece en mí, él hace las obras» (Juan 14:10).

Si Cristo vive en nuestros corazones, obrará en nosotros para ayudarnos a estar «dispuestos y capaces de obedecer su propio propósito» (Filipenses 2:13). Trabajaremos como Él trabajó y mostraremos su espíritu. Al amarlo y vivir en Él, creceremos «en todo hacia Cristo, que es la cabeza» (Efesios 4:15).